

No sólo no tendría, sino que incluso debería llamar la atención, el porqué de un *Prólogo*, como es este caso, de un profesor de Derecho Constitucional sobre una obra, *Histología humana práctica*, muy lejana a la formación académica de quien hilvana estas breves reflexiones personales. La razón, o para ser más exactos, las razones, pues son más de una, y además de distinta naturaleza, pueden ser quizás tres. La primera, por mi actual condición de Rector de la Universidad Rey Juan Carlos, que le lleva a uno –por más que en ciertas ocasiones no les oculto una comprensible sensación de vértigo– a proceder a prologar una variada pléyade de publicaciones de docentes de mi Universidad. Una encomienda, desde luego, siempre satisfactoria y placentera. Pero hay, en este caso presente, otras dos motivaciones añadidas.

En efecto, y quiero hacer específico hincapié en ello, por mi consideración y afecto hacía los dos coordinadores del trabajo. El primero, el profesor Eduardo García Poblete, queridísimo amigo, y además impagable colaborador durante estos años como Vicerrector, antes de *Ordenación Académica y Profesorado*, y ahora de *Relaciones Institucionales* de esta Universidad. Y, asimismo, del profesor Héctor Fernández García, también buen y admirado amigo. Sin querer dejar en el olvido a otros compañeros y excelentes docentes de esta Casa, coautores de estas páginas: los profesores José Ernesto Moro Rodríguez, José Antonio Uranga Ocio, María Paz Nieto Bona, María Soledad García Gómez de las Heras y Nora Sánchez Mora. A todos se les debe elogiar por el ejemplar trabajo que ahora se pone a disposición de todo interesado en la materia y, de forma especial, de sus alumnos. Estos, sin duda, lo valorarán convenientemente como lo que es: un excelente libro de texto.

Pero, además, hay una explicación –si me permiten– que justificaría mi singular interés por tales asuntos, si bien –he de atestiguarlo– desde una perspectiva de acercamiento diferente. Así como me encuentro incapacitado para argumentar científicamente sobre sus contenidos más propios, por más que si se pueda constatar su claridad expositiva, su adecuada ordenación de contenidos y el correcto lenguaje en que la obra está escrita –acompañado además de una serie de pertinentes fotografías que enriquecen y facilitan su comprensión–, la histología disfruta de un dimensión plástica de primer orden.

La causa de tal aseveración es sencilla: los tejidos del cuerpo humano no son permeables a la luz fotónica y, sobre todo, carecen de contraste en los cortes, lo que lleva, indefectiblemente, a utilizar sustancias colorantes que se fijan a las diferentes estructuras examinadas (núcleo, citoplasma, mitocondrias, etc.), aprovechando sus propiedades físicas. Este hacer provoca el establecimiento de

zonas con dispares cromatismos, que recuerdan, y mucho, ¡créanme!, a variados lienzos de parte de la pintura moderna informalista y abstracta.

Bastaría, para tal constatación, con que se acercarán, por ejemplo, al último de los grandes movimientos pictóricos de nuestro tiempo: me refiero al expresionismo abstracto americano. Pues bien, si se detienen, especialmente, en algunos de los cuadros más emblemáticos de su principal mentor, Jackson Pollok, los resultados obtenidos con la técnica del *dripping* nos retrotraen visualmente a lo que pueden ser los cortes de algunos tejidos humanos. Por citar algunas de sus obras bien descriptivas de lo mentado, valgan, por ejemplo, *Out of the Web*, *Autumn Rhythm Number 30*, *Full Fathom Five* y *Number 1*. Pero también podríamos recordar otros ilustres miembros del grupo, desde su mujer, Lee Krasner (*Little Images*), hasta James Brooks (*Number 27*), Mark Tobey (*Universal City*), Sam Francis (*Saint Honoré*), Philip Guston (*For M*), Joan Mitchell (*Hemlock*) y William De Kooning (*Excavation*). Por no hablar, pues asimismo existen semejanzas de trazo y composición, entre nosotros, en algunos dibujos de Federico García Lorca o de Salvador Dalí, así como en ciertas composiciones de Antonio Saura, de Bonifacio o de Luis Gordillo. De este último, por cierto, la Universidad Rey Juan Carlos dispone de una serie, hoy depositada en el *Campus de Ciencias de la Salud*, ¡no es, desde luego una casualidad!, con el título *Suite Manesi*, bien esclarecedor.

Pero aún podríamos resaltar más de estas relaciones entre Anatomía y Arte. ¡Quién no recuerda los exhaustivos dibujos del cuerpo humano recogidos en el *Manuscrito Anatómico A* del gran Leonardo da Vinci (quien dedicaría además en su libro de *Aforismos* unas páginas a disertar, nada más explícito, que sobre la llamada *Anatomía óptica*); el grabado de Jan Stefan van Kalkar en la página del título de la primera edición de *De Humanis Corporis Fabrica* (1518), que sitúa a Vesalio diseccionando en un anfiteatro imaginado por el artista; o el extraordinario cuadro de Rembrandt, *La Lección de anatomía del doctor Tulp!* O, algo muchas veces olvidado, las indiscutibles facultades artísticas de algunos renombrados científicos. ¡Que les voy a decir si ustedes han tenido la fortuna de poder observar los concienzudos y detalladísimos dibujos de Santiago Ramón y Cajal! Y ya más cercanos, los dibujos de Kristic de Lausanne, o la habilidad para el manejo del color de los profesores Gianna Verganni de Ulm y José Rodrigo del Instituto Cajal. Si hace unos días el mismísimo Benoit Mandelbrot, el denominado con razón padre de la geometría, defendía las relaciones entre Matemáticas y Arte, como no va a existir esta, y aún más allegada e intensa, si nos movemos en el ámbito de la Histología. En palabras del insigne matemático de origen polaco y extensibles a nuestro caso, “Los trabajos artísticos de fractales son cada vez mejores, cuando las matemáticas se combinan con el buen gusto.”

Si bien, claro que hay diferencias, tanto ontológicas como de teoría estética, entre tan dispares maneras de acercarse a la realidad: la Histología y el Arte. Sobre todo, porque, mientras el artista hace uso del color para representar creativamente la realidad (en ocasiones desea reproducirla lo más fidedignamente

posible, aunque nunca lo logre en su integridad, pero en otras, violenta de propósito su realidad externa), el histólogo, en cambio, trata siempre de identificar, de la manera más fiel, sus exposiciones concretas de análisis; por más que, no me resisto a pensarlo, y hasta decirlo, el histólogo puede alcanzar también, cuando el resultado plástico es afortunado, un logro artístico indiscutible. Los ejemplos antes apuntados son la mejor prueba de lo reseñado.

Y termino. Gustavo Torner, el conocido pintor y fundador del *Museo Abstracto de Cuenca* con Fernando Zóbel y Gerardo Rueda en 1966, señalaba hace unos días con clarividencia lo siguiente: “Desde luego, la figuración no puede volver. Vi neuronas en Nueva York, con un microscopio muy potente. Son como cielos estrellados, parpadeando. Y son la realidad.” Unas palabras que expresan inmejorablemente lo aquí esgrimido.

Nada más. Sólo reiterar la enhorabuena a los profesores de esta Universidad Rey Juan Carlos que ponen hoy en nuestras manos tan sugerente y didáctico libro. Felicitémoslos, y congratulémonos por ello. ¡Ya solo nos queda tener, en su momento, la fortuna, de que un nuevo Gustav Klimt nos diseñe unos cuadros para nuestra Facultad de Ciencias de la Salud!

Pedro González-Trevijano
Catedrático de Derecho Constitucional
Rector de la Universidad Rey Juan Carlos